



BUENA IDEA, MALA IDEA

Mentira vs. solidaridad

Para mí no hay mayor alegría
que la de oír que mis hijos
viven de acuerdo con la verdad.

3 Juan 4

Jorge y Elena se hicieron amigos desde muy pequeños, iban a la escuela juntos y se ayudaban con las tareas. Como eran vecinos, no había día en que sus padres no les encontrasen conversando a las puertas de la casa de cualquiera de los dos.

Elena era una niña muy correcta, le gustaba hacer todo bien y que nadie tuviera nada malo que decir de ella. Jorge era un niño lleno de ideas, algunas un poco traviesas.

Cada vez que a Jorge se le ocurría algo, llevaba sus dedos hasta su frente y fingía sacar una idea de su cabeza.

—¡Tengo una idea! —repetía Jorge con su pícaro sonrisa.
A lo que Elena siempre respondía:

—¡Ay, Jorge, Jorge!, siempre con tus ideas.

Esa mañana, mientras esperaban sentados en una banca que llegase el autobús para ir a la escuela, Jorgito decidió contarle algo a su amiga.

—¿Puedo contarte un secreto? —dijo Jorgito a Elena.

—Claro... dime —respondió Elena con la cabeza erguida como siempre.

—Debes prometer que no contarás nada de lo que diga.

—¡Jorge! —dijo Elena poniendo sus manos en la cintura—, sabes bien que no soy una chismosa.

—Está bien... te lo contaré. Nunca he aprendido a nadar.

—¿¡Qué!? —exclamó Elena—. ¡No es posible!, hoy inician las pruebas de natación y tú dijiste que sabías nadar muy bien.

—Tuve que decirle eso al maestro

—dijo Jorge lamentándose—, me daba mucha vergüenza que supieran que un niño de ocho años no sabe nadar.

—Pues no te queda mucho por hacer —insinuó Elena—, seguro se van a dar cuenta.

—No si tú me ayudas —dijo Jorge llevando sus dedos hasta la frente para sacar algo de su imaginación—. ¡Ten- go una idea!

—¡Ay, Jorge, Jorge!, siempre con tus ideas. ¿Qué estás pensando hacer esta vez?

Normalmente Elena no se involucraba en las locuras que Jorge le proponía, pero esta vez se trataba de algo diferente, ella no quería que su amigo fuera avergonzado cuando se enterasen de que no sabía nadar. Por eso decidió ayudarle.

Cuando empezaron las pruebas de natación el profesor empezó a convocar a los niños uno por uno. Todos se lanzaban a la piscina y trataban de dar brazadas. Unos lo hacían mejor que otros y el maestro apuntaba en su libreta para escoger a los mejores.

—¡Jorgeeee, Jorgeeee! —llamaba el profesor sin obtener una respuesta—, ¿dónde se habrá metido este muchacho?

—¡No vino! —interrumpió Elena—, está enfermo.

Mientras Elena cubría a su amigo, él se escondía en un baño esperando que nadie lo note. La niña pensó que eso sería todo, así que, nerviosa y todo, se dio la vuelta y empezó a alejarse hasta que escuchó la voz del profesor interrogándole.

—¡Espera, Elena! —gritó el maestro—, dime... ¿de qué ha enfermado Jorge?

Elena no estaba preparada para esa pregunta así que dijo lo primero que vino a su mente.

—¡Eh!... immm!... ieh!... no sé, pero es muy grave.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó el profesor mientras Elena sudaba por los nervios.

—Pues... ¡porque lo han llevado al hospital!

—¿¡Al hospital!?

—Si... con ambulancia y todo —afirmó Elena intentando que el profesor le creyera su mentira.

—¡Oh, entiendo!... bueno, sigamos con las pruebas. ¡Siguiente!

Al final del día, justo como habían planeado, los dos amigos se encontraron y fueron juntos a casa. Bajaron del autobús escolar y caminaron hasta su casa riendo por la hazaña que ambos habían urdido.

—No puedo imaginar cómo te habrás puesto de nerviosa cuando le mentiste al profesor —repetía Jorge emocionado.

—Me quedé como estatua —respondió Elena.

En eso, Elena se detuvo en seco quedándose paralizada.

—¡Caray! Qué bien lo haces aún ahora —felicitó Jorge la actuación de Elena.

Pero ella no se movió, estaba realmente petrificada al ver al preocupado maestro que había ido a casa de Jorge a preguntar por su alumno enfermo.

Allí fueron vergonzosamente descubiertos.

Al día siguiente los niños se volvieron a ver.

—Elena, mi mamá dice que debo pedirte perdón —susurró Jorge con la cabeza escondida entre los hombros—. No debí pedirte ayuda en esto.

—Tranquilo —respondió Elena haciendo un gesto de resignación con sus labios—, mis papás también me advirtieron que no me vuelva a meter en cosas como estas.

—Supongo que las mentiras no se pueden esconder para siempre, aunque yo esperaba que sí.

—Mi papá dice que sabe dónde empezó todo.

—¡Ooobvio! —interrumpió Jorge—, cuando te propuse una de mis maravillosas ideas.

—¡No! La verdad no. El problema lo ocasionó la primera mentira.

—¿La primera mentira? —dijo Jorge sorprendido.

—¡Exacto!, cuando dijiste que sabías nadar cuando no era cierto. Eso inició este enorme tallarín de problemas.

—¡Tienes razón!... ¡tengo una idea! — dijo Jorge levantando sus cejas como palmeras y su sonrisa pícaro otra vez.

—¡Ay, Jorge, Jorge!, otra vez con tus ideas... ¡qué! ¿no aprendiste nada?

—¡Jaja! ¡tranquila amiga! —exclamó Jorge—, solo te iba a decir que siempre es mejor decir la verdad.

—¡Esa sí es una buena idea! —exclamó Elena poniendo sus manos en su cintura.

Dialoga con tus hijos.

¿Cuáles son las consecuencias de una mentira?

» ¿Cómo actuarías si tuvieras que "mentir" para ayudar a un amigo?

» ¿Se debe mentir por razones que parecen buenas?